

JORGE HIDALGO, VIRGILIO SCHIAPPACASSE,
HANS NIEMEYER, CARLOS ALDUNATE Y PEDRO MEGE, eds.
*CULTURAS DE CHILE. ETNOGRAFÍA. SOCIEDADES
INDÍGENAS CONTEMPORÁNEAS Y SU IDEOLOGÍA.*
Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1997

Quisiera agradecer esta invitación a presentar este hermoso libro. Agradecer porque es un gesto de confianza, de amistad que me compromete, y porque los autores y editores constituyen sin lugar a dudas los mejores especialistas que en materia etnográfica hay en y sobre Chile. No me es fácil en unos pocos minutos realizar comentarios muy detallados de todo este enorme material, pero trataré de señalar algunas características de la obra que me parecen relevantes, señalar algunas ausencias y concluir con un comentario.

En primer lugar debemos decir que se trata de una obra completa, en cierto modo, podría tener un uso semejante a una enciclopedia y estoy seguro que eso fue buscado por los editores, y muy bien logrado. Para un amplio público, por ejemplo de estudiantes, este libro servirá para buscar información e iniciar investigaciones. Las bibliografías están muy bien hechas y editadas con cuidado por Viviana Manríquez y serán de mucha utilidad para quienes se inician en la investigación etnológica.

En segundo lugar debería decir que es quizá el primer texto comprensivo acerca de estos temas que no posee un trasfondo determinado por los conceptos de "civilización y barbarie". Definitivamente estamos en presencia de un texto que se ha apartado del evolucionismo acrítico que persiguió la etnología, y continúa persiguiéndola durante este siglo. Cada uno de los autores habla de los grupos étnicos, con respeto, amor, cariño e incluso en muchos o todos los casos se declaran entre líneas partidarios de esos pueblos, devotos reconocedores de su cultura, apesadumbrados por los problemas que les aquejan, temerosos de su sobrevivencia o simplemente dolidos de su desaparición. En un hermoso texto Don Mateo Martinic dice "que los Aonikenk o más conocidos como Tehuelches, amaban con pasión su país estepario, cuyas particularidades geográficas y recursos conocían al dedillo. Nada pues les resultaba mas grato que oír alabar sus pampas..." (Pag. 155) Es sin duda un cambio radical respecto a visiones que describieron al indio en una suerte de estado de primitivismo e ignorancia, sin sentimientos de afecto u otras descripciones terribles, como las que realizó Don Diego Barros Arana en su primer volumen de su *Historia de Chile*, y que ha sido repetido "ad nauseam" por los textos de estudio escolar

y por la gran mayoría de los majaderos autores racistas de la historiografía chilena.

Al terminar de leer las páginas de este libro queda una penosa idea del trato que el país le ha dado a sus poblaciones indígenas. Los Tehuelches y los fueguinos, prácticamente han desaparecido. Ortiz, uno de los autores, dice con fuerza y sana indignación que: “las autoridades y el Gobierno de Chile, son responsables, por delito de omisión, por no concebir racionalmente una política de colonización que salvaguardara el derecho de los habitantes naturales de Tierra del Fuego, quienes al fin y al cabo también eran chilenos y por no evitar que se procediera, como se procedió de hecho”. Uno no puede menos que pensar que esta afirmación hecha para los fueguinos es válida para muchos otros grupos humanos en Chile.

Carlos Aldunate, nos introduce a los mapuches con un capítulo en donde relaciona la “etnogeografía” y la utilización de los recursos naturales por parte de las diversas agrupaciones indígenas. La cultura mapuche nos asombra cada vez más por su enorme conocimiento del medio natural chileno. Al lado de ella la cultura chilena no indígena, la criolla, o mestiza, pareciera ciega frente a la naturaleza; sin capacidad de mirar a su alrededor, de distinguir plantas benéficas alimenticias, curativas. Sin capacidad siquiera de conocer el significado de la toponimia indígena que se conserva, con una visión muchas veces exclusivamente extractiva de los recursos naturales y sin la necesaria capacidad contemplativa de ellos. Allí reside, entre muchas otras cosas, la importancia tan grande de esa cultura indígena. Los criollos han, hemos, pasado por el territorio la mayor parte de las veces solo con la mirada del interés inmediato, de quien quiere extraer rápidamente riquezas. Los indígenas en cambio, al igual que en el mandamiento bíblico, miraron y nombraron, le pusieron nombre a las cosas de esta tierra, a sus cerros, a sus plantas, a sus animales y a todos sus rincones. No hay otra cultura que conozca mejor nuestra tierra, nuestro territorio. Y ese es un valor determinante destacado en este libro.

Los aymaras dice Van Kessel, con preocupación, están sometidos a un cambio exógeno de tal rapidez que “cabe preguntarse qué perspectivas de sobrevivencia tiene la cultura aymara en Chile”. Dice enfáticamente que “la comunidad aymara y sus estructuras sociales fueron definitivamente desmanteladas”. Agrega al finalizar una frase que señala una pequeña luz afirmando que “no estamos frente a la chilenización pura y simple sino frente a múltiples brotes de un fenómeno de reetnificación de los aymaras de Chile” (pag. 66). Vicky Castro y José Luis Martínez finalizan su hermoso texto sobre los atacameños con un análisis que comparto plenamente acerca de la relación entre el Estado, la sociedad y las sociedades étnicas: “Sería un grave error, dicen, suponer que estas sociedades han recibido pasivamente las influencias y presiones de la sociedad nacional. Ciertamente sus respuestas han sido asimismo creativas, desde la perspectiva de una constante readecuación de la cultura propia y de su identidad. Se trata de comunidades en tensión, pero vivas”. (Pag. 105) Las sociedades indígenas del Norte viven en los últimos años una suerte de recuperación de sus identidades, de reelaboración de sus contenidos culturales,

que es un fenómeno de gran vitalidad, que ocurre al igual que en muchos otros países de América Latina. Habría sido interesante que esta perspectiva hubiese estado mas presente y cruzara con mas fuerza el conjunto de los análisis, ya que una lectura no advertida podría pensar que nuestras culturas aborígenes al igual que las fueguinas están en el borde del desmantelamiento definitivo.

El capítulo de Isla de Pascua, es muy completo y útil para comprender la historia de la isla y sus relaciones con Chile, pero, si se me permite una crítica, no logra captar, por haber visitado el autor la Isla hace ya diez años o más posiblemente, la dinámica cultural que existe allí. Dice que “a muchos pascuenses de edad madura les avergüenza su historia y afectan ignorarla por completo” (pag 41) Yo no he visto algo semejante. “La mayoría de los nativos, agrega, parecen querer que sus hijos se asemejen en lo exterior a los chilenos, en vestimenta, conducta y lenguaje”. Quien visite Isla de Pascua hoy, puede observar que es enteramente diferente. Hay una fuerte identidad pascuense entre los jóvenes y no pocas veces miran en menos y con desprecio a nosotros, los denominados “conti”, esto es, continentales.

Este comentario me conduce a señalar, una ausencia en el libro: el actor indígena, el sujeto indígena, las nuevas identidades y las demandas indígenas, las relaciones de las sociedades indígenas con las sociedades no indígenas, la migración indígena y sus relaciones con las comunidades. En estos últimos diez años estamos en presencia del surgimiento de nuevos actores indígenas en América Latina, de nuevas identidades, de la reelaboración creativa de esas antiguas culturas. La globalización de las relaciones internacionales, ha conducido al mismo tiempo a afianzar y a defender las microidentidades, las etnicidades tradicionales. En lo personal estoy convencido que esta nueva multiplicidad étnica cuestiona muchos conceptos y marcos teóricos de la antropología tradicional, de la etnografía. Por decirlo con un ejemplo fácil de comprender, La antropología realizada en San Juan Chamula durante décadas, y en cantidades no despreciables, no fue capaz de comprender la dinámica profunda que afectaba a la sociedad tzotzil y que condujo a una de las rebeliones mas importantes de este fin de siglo, la del ejército zapatista de Chiapas. Creo que el desafío de la etnología es justamente comprender a las sociedades en su ebullición, lo que obviamente no es fácil. En Chile está ocurriendo a una escala mas sencilla o diferente, algo semejante a lo que ocurre en el conjunto de América Latina, el “revival” indígena es una realidad. Pero es una realidad tanto en Lumaco, en el sur mapuche, como en el mundo aymara, en el de Rapa Nui y también en la Pintana o Cerro Navia en la ciudad de Santiago, barrios populares donde se concentran enormes cantidades de migrantes.

Este libro se presenta en un día muy especial en que se están tomando medidas determinantes acerca de la sobrevivencia de un grupo indígena chileno: los pehuenches del Alto Bío Bío. La lectura de este libro, muestra que han sido muchos los grupos étnicos que han sucumbido ante el llamado “progreso”. Pareciera su destino. Siempre a ellos les toca sufrir la peor parte del progreso, del desarrollo, de los cambios. Hoy en día en nuestro país, se continúa

mirando a los indígenas con mirada piadosa, conmisericordiosa, pero con el desdén de quienes los ven como un grupo atrasado. Porque las miradas, como todos sabemos, no son ingenuas. La forma cómo se mira al otro puede ser determinante en su vida y sobrevivencia, sobre todo cuando es débil. Al leer hace unos meses el “Informe de Evaluación de Impacto Ambiental de las comunidades de Quepuca Ralco y Ralco Lepoy”, me llamó la atención que las miradas se detuvieron más en la pobreza y miseria material en que viven esas comunidades que en su riqueza de conocimientos, su cultura, su valor como entidad irreproducible y única. Consideraron que esas comunidades estaban “transculturadas”, que en todo caso “ya no eran lo que habían sido antes”. No miraron, en cambio, lo difícil que es vivir en esas cordilleras durante el invierno. No se fijaron que esas personas sobreviven en uno de los lugares más inhóspitos de Chile y que lo han hecho por muchos siglos. No enfatizaron en sus conocimientos, que los conservan tan vivos, y que este libro expresa con propiedad. La mirada desde la carencia, desde la pobreza conduce a que muchos, posiblemente de buena fe, crean que las medidas denominadas de “reparación”, cambio de tierras, traslado a otros fundos, habitación en nuevas casas que se les construyen, por arquitectos urbanos que suponen como le gusta vivir a los pehuenches, y otras dádivas, puedan aparecer como un mejoramiento de su precaria condición. Ese informe que leí, estaba cargado de miradas estereotipadas, las cuales muchas veces habían sido elaboradas por informes de antropólogos o personas que estudiaron esa disciplina y a veces se titularon sin haber captado la profundidad del concepto de cultura, base esencial de esa actividad intelectual. Esas ideas estereotipadas, falsas, producto de una mala formación universitaria, de poca rigurosidad en la investigación etnográfica, pavimentan el camino a la decisión que hoy día se va a tomar o ya se ha tomado: se traslada a los pehuenches de esas tierras en aras del progreso nacional. ¿Qué va a pasar con ellos? Yo no lo sé. Mis aprensiones son enormes. Muchos en este país creen que los indígenas están desaparecidos, y que los que aún quedan deben adecuarse lo más rápidamente posible al modo de vida nacional. Muchos creen que les va a ir mejor. No hay casos que demuestren que ello es posible. Terminarán seguramente como lo muestra el libro que comento, encerrados en nuevas reservaciones, arrinconados a reducciones, marginados en lugares inhóspitos, esperando de la caridad del gobierno ya que la empresa que ha prometido “desarrollarlos” se habrá olvidado de ello. Así ha ocurrido y no habría razones poderosas para pensar que hoy en día será distinto.

Es por ello que habría que repetir lo que con sabiduría dice este libro en el capítulo tercero (Vicky Castro y José Luis Martínez):

“Estas cosas... exigen cautela y precaución a la hora de resumir procesos y tendencias. La existencia de los indígenas ha sido negada demasiadas veces, su pronta destrucción o desaparición han sido anunciadas otras tantas; la pérdida total de su identidad y culturas, apocalípticamente, ha sido argumentada en múltiples ocasiones, pero y a pesar de esas expresiones, hay aún una cultura tradicional, readecuada y multiforme... Es necesario educar a la sociedad mayor, tremendamente inculta en este sentido, para que comprenda que la riqueza de una Nación reside en la heterogeneidad cultural, en “ellos y nosotros”, en la unidad en la diversidad” (Página 105). Muchas Gracias.